

ROMAN PALADINO

ELOY BENITO RUANO

Como cualquier forma de conocimiento humano, la ciencia histórica se expresa y se transmite mediante el lenguaje. Lenguaje común, de valor universal, dentro de las respectivas formas lingüísticas (lenguas); pero también lenguaje específico, técnico, propio de la estricta competencia, en este caso de la materia histórica. Los filólogos llaman «sectoriales» a esta clase de lenguajes de oficios, de épocas, de grupos sociales o de edad, de instituciones, de disciplinas científicas...

El lenguaje de la Historia es, quizá, el más general de los lenguajes científicos, puesto que el objeto sobre el que versa es la materia humana en su integridad. Pero, además de los términos usuales, de comprensión y utilización universal, incorpora, en cuanto tal disciplina teórica, una gran cantidad de vocablos *sectoriales* de múltiple procedencia; aparte otorgar contenidos semánticos diferenciados a otros muchos de valor común.

La exactitud del sentido de cada voz en el seno del discurso histórico es objeto de inquietud profundamente experimentada por los historiadores de nuestros días. De modo especial, respecto a aquellas pertenecientes a la que puede considerarse su propia *jerga*; pero también respecto a las procedentes de otros campos sectoriales que se integran en su cuadro interpretativo.

A la inversa de lo que sucede normalmente, muchas de estas voces técnicas han sufrido un proceso de incorporación al lenguaje vulgar, adquiriendo un alto grado de generalización, y con él, de ambivalencia. O por mejor decir, de mutivalencia: es decir, de imprecisión. Piénsese, por ejemplo, en la vasta aplicación de los términos derivados de la voz *feudo* (feudal, feudalismo, feudalizante, etc.), en su múltiple utilización desde puntos de vista cronológicos, ideológicos, axiológicos (por supuesto, siempre subvalorativos), etc., ajenos al sentido prístino, originario, de su raíz.

Compartimos esta preocupación desde nuestra plataforma de observación del medievalismo hispano y nada nos complacería más que contemplar coronado un *Lexicon* profundo y sistemático, lo suficientemente expresivo de este apasionante objeto que nos convoca.

Por el momento, desgraciadamente, creemos estar muy lejos de poder expresar en este sentido otra cosa que la imposibilidad de acometer siquiera una empresa semejante, con perspectivas de éxito digno. Son muchas las previas realizaciones parciales con que habría que contar al efecto, exigentes a su vez de no pocos esfuerzos depurados, en su mayor parte colectivos: léxicos y terminologías jurídicos, políticos, institucionales, sociológicos, económicos, biográficos, cronológicos... Tantos cuantos corresponden al haz que compone el conocimiento histórico integrador del sujeto «Medievalismo hispano».

Etapas más modernas de nuestra Historia sí han comenzado a estar atendidas en este sentido: véanse M.^a Cruz Seoane, *El primer lenguaje del constitucionalismo español* (Madrid, 1968); o *Palabras e ideas. El léxico de la Ilustración temprana en España*, por Pedro Álvarez de Miranda (Real Academia Española, Madrid, 1992); como ejemplos a consignar en cuanto guías intelectivas para dichos predios.

El ejemplo antes enunciado de *lo feudal* puede ser un espécimen representativo de nuestra argumentación. La actual necesidad de invocar al respecto los presupuestos institucionalistas o los marxistas —por citar sólo dos posiciones diametrales en relación con el concepto— pone de manifiesto la conveniencia (o necesidad) de poseer alineadas y expresas las diferentes premisas junto a la descripción de una misma palabra clave.

«Situar las cosas detrás de las palabras» es lo que, con su *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (ed. castellana, Barcelona, «Crítica», 1980), ejemplificó por su parte Pierre Vilar, desarrollando los contenidos de conceptos y voces como *Estructura, Coyuntura, Clases sociales, Pueblos, Naciones, Estados, Capitalismo y Economía campesina*.

De carácter más general, han aparecido entre nosotros recientemente los *Diccionario(s) de términos básicos para la Historia* de A. L. Abós Santabàrbara y A. Marco Martínez; de *términos históricos y afines* por F. Chordá, T. Martín e I. Rivero (ambos, Madrid, 1983). Pero, más en consonancia directa con nuestras necesidades, son las versiones españolas de obras tales como el *Léxico de la Edad Media* dirigido por René Fédou (Taurus Ediciones, Madrid, 1982) y el *Vocabulario básico de la Historia medieval* de Pierre Bonnassie (Editorial Crítica, Barcelona, 1983). Ediciones ambas adaptadas al ámbito medieval hispano, no sólo en cuanto a la ordenación alfabética de sus voces, sino en cuanto al desarrollo complementario de información española a su original redacción francesa.

«Cubrir *todos* los aspectos de la Historia» manifiesta ser el propósito de la primera; objetivo sin duda demasiado ambicioso para las mo-

destas proporciones de una empresa, por lo demás muy discretamente lograda dentro de sus deliberados límites ¹.

El carácter selectivo que el título original de la obra de Bonnassie indica (*Les cinquante mots clefs de l'Histoire médiévale*) restringe, en cambio, evidentemente, las perspectivas *cobdiciaderas* para un objetivo como el que ella misma describe: «Ni un diccionario ni un manual... Sencillamente (y nada menos, apuntamos nosotros) una introducción — a la vez analítica y sintética— a los grandes problemas de la Historia de la Edad Media». Atenida con acierto —añadimos— a los ámbitos geográfico, cronológico y temático de lo que convencionalmente se entiende por Edad Media.

Descendiendo (¿o ascendiendo?) a predios más concretos del campo de lo medieval, hemos de ir enfrentándonos con áreas como la acotada por la Profesora Nilda Guglielmi en el *Léxico histórico del Occidente medieval: La sociedad feudal* (Buenos Aires, 1991), por ella dirigido.

Imprescindible es en ella la selección numérica (unas ciento cincuenta voces): señalamiento del carácter conflictivo y excluyente con que algunas han llegado a ser empleadas desde diferentes posiciones historiográficas; orientación bibliográfica específica —aunque no con total precisión indicadora—, justificativa de la explicación adoptada, son algunas de las características de esta breve obra que entendemos como fruto de un probable —y fructífero— seminario de curso universitario. A la que seguirá, según se anuncia, otra *raccolta* consagrada a la «sociedad burguesa». (Qué gran lección, por cierto, ésta del medievalismo argentino, desbordante de los cauces que le creara D. Claudio Sánchez-Albornoz).

En cuanto a este tipo de lenguajes históricos sectoriales, dentro siempre de unos límites de producción relativamente recientes, podemos citar el *Vocabulario básico de la Historia de la Iglesia* (Barcelona, 1993) por Manuel Teruel y Gregorio de Tejada (que, naturalmente, no exime de la consulta más amplia del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (4 vols., Madrid, CSIC, 1972-1975, dirigido por Q. Aldea Vaquero, T. Martín Martínez y J. Vives Gatell).

Con carácter también reducido en cuanto a proporciones, aunque de deseable desarrollo mucho mayor, son de anotar los trabajos de Santiago Jiménez Gómez, *Análisis de la terminología agraria en la documentación lucense del siglo XIII* («Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas», II, Santiago de Compostela, Universidad, 1975, pp. 115-134); de Javier Faci, *Vocablos referentes al sector*

¹ La inclusión de un conjunto, aunque elemental, de voces relativas a la arquitectura medieval, excede unilateralmente el carácter más conceptual que descriptivo que entendemos propio de instrumentos de esta naturaleza.

agrario en León y Castilla durante la Alta Edad Media («Moneda y Crédito», n.º 144, marzo 1978, págs. 69-87); e Isabel Torrente Fernández, *Términos agrarios en el medievo asturiano* («Asturiensia Medievalia», 5, 1985-86, pp. 75-87).

Para el área comercial, son de citar las obras de M. Gual Camarena, *Vocabulario del comercio medieval* (Tarragona, 1968), y de J. S. Sesma Muñoz, *Léxico del comercio medieval en Aragón (siglo XV)*, Zaragoza, 1982.

Pero, sin duda, el más vasto y ambicioso programa existente en este momento, relativo al campo de los medios de expresión de una actividad medieval son los institucionalizados por el *Lessico Intellettuale Europeo*, dirigido por el Prof. Tullio Gregory, de la Universidad de «La Sapienza» de Roma (más de cincuenta volúmenes publicados entre 1966 y 1991) y por el «Comité International du Vocabulaire des Institutions et de la Communication Intellectuelles au Moyen Age» (CIVICIMA), cuyas Actas de los Coloquios ya celebrados (Leyden-La Haya 1985, París 1987, Roma 1989) ofrecen unos índices enormemente sugestivos para quienes de este esencial instrumento de trabajo se preocupen. Instrumentos naturalmente reducidos o aplicados al campo de la Historia intelectual; pero tan atrayentes como los títulos generales reunidos y por reunir prometen:

1. *Terminologie de la vie intellectuelle au Moyen Age* (1988).
2. *Vocabulaire du livre et de l'écriture au Moyen Age* (1989).
3. *Méthodes et instruments de la vie intellectuelle au Moyen Age. Une étude du vocabulaire* (1990).
4. *Vocabulaire des Écoles et des méthodes d'enseignement*.
5. *Dictionnaires et répertoires au Moyen Age. Une étude du vocabulaire*.
6. *Vocabulaire de la transmission du savoir dans le Moyen Age arabe*.

Consignemos que como coordinadora general de este programa editorial, realizado por la casa Brepols (Turnhot, Bélgica), aparece la Dra. Olga Weijers, de la Bibliothèque Royale de La Haya.

En otro orden de cosas, más rigurosamente técnicas, no podríamos silenciar el *Vocabulaire International de la Sigillographie* (Roma, 1990) y el *Repertoire codicologique* de Muzerelle, órgano casi oficial de la Comisión Internacional de Diplomática, que está sirviendo de modelo a la redacción de análogas producciones en las diversas lenguas de cultura, incluido el catalán, a cargo del Prof. Manuel Mundó.

Y, finalmente, cómo no recordar los *magna opera* básicos de los repertorios medievalísticos universales, diversos cada uno en cuanto a concepción y ámbito.

El *Lexikon des Mittelalter* (Artemis Verlag, München und Zürich, 1977 y ss.) en curso de publicación (6 vols. aparecidos) quizá la empresa universal de mayor envergadura hasta ahora iniciada en este campo.

Y aunque de menor entidad, no queremos dejar de citar aquí el *Dictionary of the Middle Ages* dirigido por J. R. Strayer (New York, 1982-1985, 12 vols.).

Para la Historia musulmana, la *Encyclopedie de l'Islam*, en su doble versión, francesa e inglesa, cuya segunda edición se halla en fase de renovación. (Y de la que como sucedáneo práctico, útil y didáctico sirve admirablemente entre nosotros el *Vocabulario básico de Historia del Islam* del Prof. salmantino F. Maillo Salgado, Madrid, 1987.)

Análoga pareja desaparejada constituyen en cierto modo las diversas Enciclopedias del Judaísmo: *The Jewish Encyclopedia* dir. Isidore Singer, New York, s.a., 12 vols.; *Enciclopedia Judaica Castellana*, dir. Eduardo Winfeld, México, 1948 y ss. (10 vols.); *Encyclopedia Judaica*, eds. Cecil Roth y G. Wigode, Jerusalén, 1971-1976 (18 vols.); con *A Dictionnary of Judaism* del Reverend Reuben S. Brookes (London, 1959); Dagobert Runnes, *Concise Dictionary of Judaism*, New York, 1969; y Yacob Newman, *Judaismo A-Z*, Léxico ilustrado de términos y conceptos, Jerusalén, 1983.

Para los parámetros nacionales hemos de citar el *Diccionario de Historia de España* de la Editorial «Revista de Occidente» dirigido por Germán Bleiberg (3 vols., 2.ª ed. Madrid, 1968), cuyas Secciones de Historia Medieval, Historia musulmana e Historia económica y de las Instituciones estuvieron dirigidas respectivamente por los Profs. Ángel Ferrari y L. Vázquez de Parga (la primera), E. García Gómez y Luis G. de Valdeavellano. Los vol. IV y V (Diccionario biográfico y Diccionario temático) de la reciente *Enciclopedia de Historia de España* dirigida por Miguel Artola (Madrid, 1991 y ss.). Y el excelente *Diccionario de História de Portugal* dirigido por Joel Serrão (6 vols., Porto, 1985 y ss.). Y los Diccionarios biográficos británico, francés e italiano: *The Dictionary of National Biography founded in 1882 by George Smith*, Oxford, 1917 (repr. 1981); *Dictionnaire de Biographie Française* dir. par J. Balteau (París, 1933 y sigs.; en curso de publicación); *Dizionario Biografico degli Italiani* (Roma, 1960-1977, 20 vols.). Y naturalmente, la gran obra de J. Fr. Michaud, *Biographie Universelle Ancienne et Moderne* iniciado en 1854 (reprint Graz, 1966-1970, 45 vols.).

Aunque, finalmente, reduciéndonos a la base absoluta del lenguaje en sí mismo, habremos de recurrir, según las diversas necesidades al gran Du Cange, *Glossarium mediae et infimae latinitatis* (reimpresión Graz, 1954, 10 t. en 5 vol.), al *Lexikon Aevi Medievalis Latinitatis* de L. Osthoff (Munich, 1965, 5 vols.); al *Lexicon Latinitatis Medii Aevi de*

l'Université Catholique de Louvain (1979); el *Mediae Latinitatis Lexicon minus* de J. F. Niermeyer (Leiden, 1984); o a los más modestos y cercanos de J. Cejador y Frauca, *Vocabulario medieval castellano* (eds. Madrid, 1929, reprint New York, 1968 y Madrid 199..) y de M. Alonso, *Diccionario medieval español. Desde las glosas emilianense y silenses (siglo X) hasta el siglo XV* (2 vols., Universidad Pontificia de Salamanca, 1986).

* * *

Pero, a todo esto, ¿qué es lo que, en cada caso, queremos manifestar con un determinado vocablo referido a una concreta realidad medieval?

«El ser *se dice* de muchas maneras», dijo ya Aristóteles. Nos interesa saber qué es lo que querían decir los hablantes de los siglos medievales con unas palabras que son las nuestras (o sus antecesoras etimológicas). Aunque también en diversos siglos y en diversas latitudes se expresen diversas realidades con unos mismos vocablos.

Valdría la pena dedicar una Sección de nuestro BOLETÍN a esta materia. Personalmente me interesan de antiguo voces como *Fortuna, Reconquista, Poblar, Repoblar*.. A mi requerimiento, la Dra. Butiñá Jiménez ha accedido a realizar respecto a la primera la investigación filológico-literaria que por mí mismo me hubiera gustado acometer (sólo que, por mi parte, con mucha menor capacidad y autoridad).

¿A quién le inquietan, le atraen, le interesan otros vocablos significativos o sectoriales de los que son cabeza, útiles para una mejor intelección y comprensión de los testimonios de la Edad Media?

Pregunten, pregunten. O mejor, infórmennos, revélenos. Las palabras son signos, símbolos. Descubramos, pongamos en *roman paladino* qué era, en el tiempo que motiva nuestra dedicación, lo que decía y quería decir *el pueblo a su vezino*.